

Diócesis de Barbastro-Monzón

Te he amado (Ap 3, 9)



*El servicio a los pobres
en la Historia de la Iglesia*

*“Lo que hicisteis con el más pequeño,
conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40)*

2

**Segunda semana de Cuaresma
2026**

Comenzamos rezando

El proyecto de Dios al crearnos fue un proyecto de amor, que se realiza cada día en la vida y del que quiere que seamos protagonistas con Él. Para ello envió al mundo a su Hijo, que nos libera de la esclavitud del pecado y del miedo a la muerte. En su Hijo Dios mismo adoptó nuestra condición humana y, con ella, nuestra fragilidad y pobreza, tal como explica el Papa:

«Él mismo se hizo pobre, nació en carne como nosotros, lo hemos conocido en la pequeñez de un niño colocado en un pesebre y en la extrema humillación de la cruz, allí compartió nuestra pobreza radical, que es la muerte. Se comprende bien, entonces, por qué se puede hablar también teológicamente de una opción preferencial de Dios por los pobres. Esta “preferencia” no indica nunca un exclusivismo o una discriminación hacia otros grupos, que en Dios serían imposibles; esta predilección desea subrayar la acción de Dios que se compadece ante la pobreza y la debilidad de toda la humanidad y, queriendo inaugurar un Reino de justicia, fraternidad y solidaridad, se preocupa particularmente de aquellos que son discriminados y oprimidos, pidiéndonos también a nosotros, su Iglesia, una opción firme y radical en favor de los más débiles».

Este Mesías pobre nos revela aquel rostro de Dios que el apóstol Juan describió a los fieles de su comunidad con una frase tan expresiva como ésta: “*Dios es amor*” (1 Jn 4, 8). De ella, el apóstol Pablo extrajo una estimulante

conclusión que transmitió a los cristianos de Corinto en su segunda carta: *“Ya conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza”* (2 Co 8, 9). Por eso, el empobrecimiento acompañó al Mesías desde su nacimiento en el establo de Belén hasta su muerte en el Calvario de Jerusalén:

«Él [Jesús] se presenta al mundo no sólo como Mesías pobre sino como Mesías de los pobres y para los pobres. Hay algunos indicios a propósito de la condición social de Jesús. En primer lugar, Él realizaba el oficio de artesano o carpintero, *téktôn* (cf. Mc 6, 3). Se trata de una categoría de personas que vivían de su trabajo manual. Además, al no poseer tierras, eran consideradas inferiores respecto a los campesinos. Cuando el pequeño Jesús fue presentado en el Templo por José y María, sus progenitores ofrecieron una pareja de tórtolas o de pichones (cf. Lc 2, 22-24), que según las prescripciones del libro del Levítico era la ofrenda de los pobres. Un episodio evangélico significativo es el que relata cómo Jesús, junto con sus discípulos, arrancaban espigas para comer mientras atravesaban los campos (cf. Mc 2, 23-28), y esto —espigar los sembrados— sólo era permitido a los pobres. Jesús mismo, luego, dice de sí: “Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20; Lc 9, 58). Él, en efecto, es un maestro itinerante, cuya pobreza y precariedad es signo de su vínculo con el Padre y es lo que se le pide también a quien quiere seguirlo en el camino

del discipulado, precisamente para que la renuncia a los bienes, a las riquezas y a las seguridades de este mundo sean signo visible de la confianza en Dios y en su providencia».

Tanto el papa Francisco como su sucesor, el papa León, han extraído de estas consideraciones la llamada a preocuparnos por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad, tal como escribe el papa León en su exhortación apostólica:

«Muchas veces me pregunto por qué, aun cuando las Sagradas Escrituras son tan precisas a propósito de los pobres, muchos continúan pensando que pueden excluir a los pobres de sus atenciones. (...). Es innegable que el primado de Dios en la enseñanza de Jesús va acompañado de otro punto fijo: no se puede amar a Dios sin extender el propio amor a los pobres. El amor al prójimo representa la prueba tangible de la autenticidad del amor a Dios, como asevera el apóstol Juan: *“Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. Son dos amores distintos, pero inseparables. Incluso en los casos en los que la relación con Dios no es explícita, el Señor mismo nos enseña que todo acto de amor hacia el prójimo es de algún modo un reflejo de la caridad divina: “Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, lo hicisteis conmigo (Mt 25, 40)”*».

La vida de las primeras comunidades cristianas es ejemplo palpable de esa fe que obra por medio de la

caridad. El apóstol Santiago interpeló duramente a la comunidad que había fundado sobre su comportamiento con los pobres: *«¿De qué le sirve a uno —escribió— decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo. ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro»* (St 2, 14-17).

Esta interpelación sigue teniendo valor para nosotros. En las primeras comunidades la caridad no era fruto de una programación, sino del ejemplo de Jesús. Por eso es preciso que también ahora nos dejemos interpelar por estas consideraciones y, si nos llevan a pedir perdón por no poner a los pobres en el centro de nuestra vida cristiana, oremos con las palabras y sentimientos del *Salmo 129*:

*Desde lo hondo a ti grito, Señor,
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.*

*Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto.*

*Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.
Aguarde Israel al Señor,*

*como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos.*

Una Iglesia para los pobres

A los pocos días de su elección como papa, Francisco expresó su deseo de que la Iglesia mostrara más claramente su atención hacia los pobres y exclamó ante los medios de comunicación: «¡Cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!». Este deseo refleja la conciencia expresada por el Concilio Vaticano II de que la Iglesia «reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo».

El papa León, en esta exhortación que venimos recordando durante la Cuaresma, describe que la historia de la Iglesia está estrechamente vinculada con el servicio a los pobres, tal como los hijos de la Iglesia lo han llevado a cabo a lo largo de los tiempos. Desde el diácono de Roma san Lorenzo, que, obligado por las autoridades a entregar los tesoros de la Iglesia, llevó consigo a los pobres y dijo al prefecto: “estos son los tesoros de la Iglesia” hasta los líderes populares del presente siglo, que «invitan a superar las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres, pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos», el Papa describe la historia del

servicio de la Iglesia a los pobres. En esta historia queda reflejado el modo de pensar y actuar de los Padres de la Iglesia —san Policarpo de Esmirna, san Juan Crisóstomo, san Agustín... entre otros muchos—, y queda patente la compasión cristiana en el cuidado de los enfermos y de los que sufren, en la acogida de los pobres por parte de los monjes en sus monasterios, la generosa iniciativa de liberar a los cautivos ofreciéndose los propios cristianos como rehenes, en la educación gratuita de los pobres cuando no existía la enseñanza pública, en el acompañamiento de los migrantes..., en fin, en una larga relación de iniciativas en favor de los pobres, lideradas por hombres y mujeres de nombres tan conocidos como Francisco y Clara de Asís, José de Calasanz, Juan Bautista de La Salle, Juan de Dios, Teresa de Calcuta, Marcelino Champagnat, Juan Bosco, Francisca Javier Cabrini proclamada patrona de los migrantes por el papa Pío XII y una interminable galería de hijos de la Iglesia entregados en cuerpo y alma al servicio de los necesitados. Si no nos dispensamos de leer pausadamente las páginas correspondientes a los números 39 al 81 de la exhortación apostólica “Dilexi te” (“Te he amado”), nos haremos cargo de que el servicio a los pobres por parte de los discípulos Jesús ha sido constante y eficaz.

Una historia que continúa

El papa León tampoco puede olvidar a su predecesor en el nombre, León XIII, considerado el padre de la Doctrina Social de la Iglesia con su encíclica *Rerum*

novarum, publicada a finales del siglo XIX (año 1891), en la que puso el dedo en la llaga que la revolución industrial venía produciendo en el tejido social y laboral de Europa. Mientras los gobiernos se adherían a la doctrina liberal de no intervenir o “dejar hacer” frente a las injustas condiciones de vida del proletariado —*laissez faire, laissez passer*—, el Papa denunció la situación intolerable de los obreros en la industria y propuso la instauración de un orden social justo. El camino abierto por León XIII ha sido seguido por los pontífices del siglo XX, en tomas de postura tan significativas como las de Juan XXIII (“*Mater et Magistra*” en 1961), de Pablo VI (“*Populorum progressio*” en 1967), de Juan Pablo II (“*Laborem exercens*” y “*Sollicitudo rei socialis*” en 1981 y 1987), de Benedicto XVI (“*Caritas in veritate*” en 2009), del Concilio Vaticano II (“*Gaudium et spes*” en 1965), que manifiestan que el Magisterio y la Tradición de la Iglesia vienen reconociendo que la opción por los pobres es una forma especial de primacía del ejercicio de la caridad cristiana. En el momento presente, el papa León ha denunciado con su exhortación apostólica que para el vigente modelo “elitista” y “privatista”:

«No parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida. La pregunta recurrente es siempre la misma: ¿los menos dotados no son personas humanas? ¿Los débiles no tienen nuestra misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y sólo deben limitarse a sobrevivir? De nuestra respuesta a estos interrogantes depende el valor de nuestras sociedades y también nuestro futuro. O reconquistamos nuestra dignidad moral y

espiritual, o caemos como en un pozo de suciedad. Si no nos detenemos a tomar las cosas en serio continuaremos así, de manera explícita o disimulada, legitimando el modelo distributivo actual, donde una minoría se cree con derecho a consumir en una proporción que sería imposible generalizar, porque el planeta no podría ni siquiera contener los residuos de semejante consumo».

Y ha añadido la advertencia de que es responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios hacer oír, aun a costa de parecer “estúpidos”, una voz que denuncie y despierte las conciencias, pues las estructuras de injusticia deben ser destruidas con ayuda de las ciencias y de la técnica, pero también con un inexcusable cambio de mentalidad. Los cristianos hemos de tener muy claro que:

«La propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación individual e íntima con el Señor. La propuesta es más amplia: es el Reino de Dios (cf. Lc 4, 43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana, tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino».

Acojamos estas enseñanzas con un corazón convertido y manifestemos, con el siguiente canto, nuestra decisión de anunciar el reinado de Dios mediante nuestro abnegado servicio a los pobres:

*Anunciaremos tu Reino, Señor, t
tu Reino, Señor, tu Reino.*

*Reino de paz y justicia, reino de vida y verdad,
tu Reino, Señor, tu Reino.*

*Reino de amor y de gracia,
reino que habita en nosotros,
tu Reino, Señor, tu Reino.*

*Reino que sufre violencia,
reino que no es de este mundo,
tu Reino, Señor, tu Reino.*

*Reino que ya ha comenzado, reino que no tendrá fin,
tu Reino, Señor, tu Reino.*

(Letra y música de Cristóbal Halffter.

Hay versión musical en YouTube)

Para la reflexión personal y en grupo

- ♦ ¿Cómo afectan estas enseñanzas del Papa a mis hábitos de consumo?
- ♦ ¿En qué debe cambiar mi mentalidad para que mi vida coopera en la implantación del reinado de Dios en el mundo?

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la segunda semana

Del 1 al 7 de marzo de 2026

Lectura bíblica para esta semana

Evangelio según de San Marcos, 2, 1-12: la curación de un paralítico.

Oraciones para esta semana

Señor Jesús, aquí nos tienes.

Somos el pequeño grupo que tú has elegido.

Tú nos has llamado para que seamos tus testigos.

Tú nos has llamado para ser luz del mundo y sal de la tierra.

Tú nos has llamado para que seamos expresión de tu amor. Aquí nos tienes.

Somos instrumentos y barro en tus manos, que son las del alfarero.

Con las palabras del papa San Pablo VI te pedimos ser portadores de bondad como hijos fieles de la Iglesia que sigue cumpliendo la llamada a estar con los pobres:

¡Oh, divino Redentor,
que has amado a la Iglesia
y por ella te has entregado a Ti mismo,
para santificarla

y hacerla comparecer ante Ti
resplandeciente de gloria,
haz que brille sobre ella tu rostro santo!
Haz que tu Iglesia,
una en la caridad
y santa en la participación de tu santidad,
sea hoy en el mundo
estandarte de salvación para los hombres,
centro de unidad de todos los corazones,
inspiradora de santos propósitos
en favor de una renovación general y arrolladora.

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:
que donde hay odio, ponga yo amor;
que donde hay ofensa, ponga yo perdón;
que donde hay discordia, ponga yo unión;
que donde hay error, ponga yo verdad;
que donde hay duda, ponga yo fe;
que donde hay desesperación, ponga yo esperanza;
que donde hay tinieblas, ponga yo luz;
que donde hay tristeza, ponga yo alegría.

Haz, Señor, que no busque tanto
ser consolado, como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;
olvidando es como se encuentra;
perdonando es como se es perdonado;
muriendo es como se resucita a la vida eterna.